

Cultura, Historia, luchas del pueblo Mexicano



CULTURA, HISTORIA Y LUCHAS DEL PUEBLO MEXICANO

ALONSO AGUILAR M.

JORGE CARRION

LUIS CARRION

EZEQUIEL MALDONADO

RUFINO PERDOMO



EDITORIAL
NUESTRO TIEMPO, S. A.

Colección: LA CULTURA AL PUEBLO

© Editorial Nuestro Tiempo, S. A.
Avenida Universidad 771-103 y 104
Delegación Benito Juárez
México, D. F. Código Postal 03100

ISBN-968-427-124-7

Portada: Viñeta de Irma Carrión
Diseño: Carlos Gutiérrez
Realización: Antonio Ramírez C.

Primera edición, 1985
Segunda edición, 1988

Derechos reservados conforme a la ley

Impreso y hecho en México
Printed and made in Mexico

I N D I C E

PRESENTACION	7
IMPORTANCIA DEL FRENTE CULTURAL	9
CULTURA, IRRACIONALIDAD Y VIOLENCIA	25
IDEOLOGIA Y NACIONALISMO BURGUESES, S. A.	40
RESCATE CULTURAL Y LUCHA REVOLUCIONARIA	63
LUCHAS DEL PUEBLO Y CREACION CULTURAL	77
EMPECEMOS A REESCRIBIR NUESTRA PROPIA HISTORIA	104
APENDICE	138

PRESENTACION

Este nuevo libro que publica Editorial Nuestro Tiempo procede de un material elaborado por la revista *Estrategia* y enriquecido por los autores con diversas ampliaciones. Los autores principales, como en toda obra colectiva, contaron con numerosos contribuyentes entre los colaboradores de la revista. Esos autores son: Alonso Aguilar, Jorge Carrión, Luis Carrión, Ezequiel Maldonado y Rufino Perdomo. *Cultura, historia, luchas del pueblo mexicano*, no es así una reedición estricta del material de la revista, ni una transcripción a un formato de libro correspondientemente. Por el contrario, el nuevo material se ajusta a la dinámica de la cultura, a veces escapable flujo, intrincación de muy variados elementos, abierta recepción de aportes, y a las veces rechazo de otros. En su redacción y cambios refleja hasta cierto punto la vivacidad dialéctica del fenómeno cultural, sus muy variadas manifestaciones, la profundidad de vínculos que la enraizan en la historia nacional y la elevan a cada uno de los aspectos de la vida.

La apretada síntesis pretendida por el libro, es por tanto por lo menos audaz. En el concepto culturas se juntan como en una nuez, no sólo la almendra, sino semillas cuyas ulteriores ramificaciones se extienden a toda la vida nacional. Cultura como costumbre y tradición, o idioma y lenguaje; ciencia, arte y técnica; modos alimenticios, expresión festiva, ceremonias religiosas y profanas; relaciones familiares o más ampliamente sociales, todo integra, no un mosaico, sino una aleación de arduo acceso al análisis y la comprensión de los nexos y ejes que le dan coherencia en una estructura general. Un vicio o rutina consiste en asignar a la cultura una connotación y mucha resonancia

de simplista carácter valorativo y aun calificativos de excelencia, que ocultan con mucha frecuencia la composición cultural, sus factores positivos, los negativos —que aun la niegan— y los resultados de esa inexplicable interacción de la que surge el movimiento impulsor de la cultura hacia niveles nacionales o internacionales muy diversos. La cultura nacional de México no se da en una ingravidez superorbital. Desde las más remotas culturas prehistóricas, están vivas en sus choques y asimilaciones recíprocas, en el lento avance de fusiones muchas veces precedidas por querellas, disputas y aun guerras y cruentas conquistas de espacios, la cultura nacional se integra ante todo en el seno del trabajo humano y se expresa por ser éste el lazo comunicativo —organizador— expresivo de la energía social del idioma. Este proceso organizador de la metamorfosis de la cultura nacional se desenvuelve además afectado por un ritmo desigual: el que caracteriza la historia de las diversas partes de la sociedad humana; de sus regiones, zonas o comarcas. Y al mismo tiempo influido por las lenguas prehispánicas a las que se subsume en el idioma español. Todo eso y más está contenido en el libro que ahora ofrece *Nuestro Tiempo* a sus lectores. Es un libro a partir del cual, estamos seguros, muchas indagaciones enriquecerán al ramillete cultural mexicano.

IMPORTANCIA DEL FRENTE CULTURAL

Es hoy evidente que el mundo capitalista está hundido en una profunda crisis. No es menos claro que si bien esa crisis del capitalismo no deja de rozar ciertos aspectos de la vida económica, social y política del socialismo, las regiones en las cuales éste se da, con propia multiplicidad de caracteres y expresiones, se nutren en relaciones y formas nuevas originadas en el fenómeno histórico del tránsito de la sociedad humana —se está tentado de decir de la humanidad—, del capitalismo hacia el socialismo y las mantienen en términos generales indemnes aunque afrontadas al peligro y la amenaza del capitalismo desfavorecido históricamente por la correlación de fuerzas internacional. La hondura de la crisis, sus alcances inéditos tanto por lo que se refiere a la cíclica, como por lo que toca a las ininterrumpidas fases que la general ha recorrido ya han ampliado y diversificado los frentes de la lucha revolucionaria de los pueblos en sus distintos y desiguales niveles (ya se sabe hasta dónde el imperialismo ha acentuado la ley del desarrollo desigual).

Por lo común se han precisado tres grandes frentes de lucha: el económico, el ideológico y el político. Los tres son parte de un largo proceso de la humanidad. Y los tres confluyen en una actividad eminentemente política “porque todo hombre, en cuanto es activo, vale decir viviente, contribuye a modificar el ambiente social en el que se desarrolla [...] vale decir que tiende a establecer ‘normas’ regulares de vida y de conducta”. (Eric Hobsbawm, *La ciencia política de Gramsci*). ■

La cultura, concebida en lo filosófico como el aserto marxista de que el hombre conoce la naturaleza y las

sociedades, partes de ella, no por el diletante ejercicio de elaborar «sistemas» sino ante todo para transformar una y otras, es política en el sentido de que en la lucha de contrarios de clase dominante y clases y capas explotadas, tiende a establecer normas, costumbres, un sistema de educación integrado con la aportación de todos los hombres cuya esencia se da fuera de su individualidad, trascendida ésta en personalidad, ser social por excelencia; reúne un acervo limitadamente llamado cultural: artes, literatura, ciencia y técnica.

La cultura es política ante todo porque ese encuentro entre contrarios se da en el seno de las relaciones de producción y forma parte integrante del desarrollo de las fuerzas productivas. De tal forma el problema de la cultura nacional abarca el proceso histórico inevitable que condujo a la formación de los estados en la sociedad burguesa y sería ilógico no reconocer en ese sentido la legitimidad de esos movimientos. Más irracional sin embargo, para la aquilatación del importante rol del frente cultural hoy, sería no decantar los elementos progresivos de aquel proceso y quedarse en la vaguedad apologética del «nacionalismo burgués», inscrito como ahora dramáticamente lo está en la ideología de la clase dominante, y por naturaleza de la fase que recorre el capitalismo internacional, la del imperialismo y en muchos países la del capitalismo monopolista de Estado, un nacionalismo que a contrapelo, o como reacción, de la función internacionalizante cumplida por el capitalismo, dentro de las limitadas determinantes de clase de la burguesía, hoy emplea ese «nacionalismo» en sus extremos y viciosos términos de chovinismo (ya sea el implícito y tácito de las metrópolis, ya el ramplón y abierto de las oligarquías «nacionales» dominantes-dominadas de los estados dependientes). Esta forma de dominación no sólo es material, sino de torsión de los valores espirituales y culturales de los pueblos, apropiación de éstos e imposición no de los valores internacionales patrimonio de todo el proletaria-

do y su carácter internacionalista, sino de aquellos que como reflejo de la descomposición de la sociedad capitalista o como método de dominio imperialista, tienden a hacer desaparecer o destruyen espléndidas culturas nacionales. El frente cultural, la defensa y rescate de la cultura, es a la vez y consiste en diferenciar lo que Lenin definió como el hecho de que "en cada nación [...] hay dos culturas. Que en cada cultura nacional hay dos culturas".¹ El desarrollo de la clase obrera crea una cultura, no producto de la generación espontánea, pero limpia de la ideología burguesa e internacionalista. Es un elemento de la transformación del capitalismo en sociedades socialistas.

¿Cuál cultura defendemos y rescatamos?

La cultura, ese largo proceso nacional e internacional, es un fenómeno crítico, es resultado del trabajo de las mayorías. Fenómeno espiritual (en sentido materialista y no místico ni religioso aunque las religiones mismas sean un producto cultural), la cultura a la vez que resultado de la apropiación de los productos del trabajo, está marcada por la división del trabajo físico y espiritual resultante de la oposición entre la ciudad y el campo. Esta, pese al desarrollo inmenso de la aplicación de los avances científico-técnico a la explotación del campo, persiste porque únicamente puede darse entre los términos anta-

¹ "El capitalismo en desarrollo conoce dos tendencias históricas en la cuestión nacional. La primera consiste en el despertar de la vida nacional y de los movimientos nacionales, en la lucha contra toda opresión nacional, en la creación de Estados nacionales. La segunda es el desarrollo y la multiplicación de vínculos de todas clases entre las naciones, el derrumbamiento de las barreras nacionales, la formación de la unidad internacional del capital, de la vida económica en general, de la ciencia, etcétera". V. Lenin, *Notas críticas sobre la cuestión nacional*, p. 15.

gónicos de la producción crecientemente social y la apropiación privada, intensificada en la fase monopolista del capitalismo, que es la propia del imperialismo y de las varias formas desiguales del desenvolvimiento de las naciones que en el capitalismo se integran en la estructura de aquél principalmente como dependencias subdesarrolladas estructurales. La cultura no es así, como la ideología burguesa, una conciencia de clase de la burguesía que se impone o trasmite al proletariado para formar una falsa conciencia de éste. Mas apropiada, junto con los medios de producción, por la burguesía, los productos culturales se ideologizan y se convierten en instrumentos de dominación, de reproducción material e ideológica del capitalismo, de enmascaramiento de lo propio cultural de cada pueblo, que no riñe sino al contrario, con la asimilación de lo mejor de la cultura internacional. La cultura, no sólo la que se define de modo extremadamente limitado como el perfeccionamiento de las cualidades y virtudes intelectuales del ser humano, y ni siquiera como la que se identifica con civilización, es algo que surge de la capacidad del hombre para, más allá de su almacén de instintos y reacciones biológicas que lo mantienen vivo, excentrar su esencia fuera de su individualidad. Es pues como el idioma, como el arte, como la ciencia y la técnica un patrimonio de todos los seres humanos. Pero como el trabajo mismo es susceptible de ser apropiado por una clase dominante y colorearla con la ideología de ésta con el objeto de reproducir las condiciones espirituales de tal o cual formación economicosocial.

La cultura sin embargo no es exactamente igual que la ideología dominante. Esta forma parte de una real, verdadera conciencia de la clase dominante. La cultura, en cambio, es un hecho dado. La pesantez del influjo ideológico, la impregnación que hace de la clase obrera, el proletariado y en general las clases explotadas y asalariadas, es cabalmente ajena a la ideología de estas clases y estratos, es una superimposición lograda por muchos

modos, principalmente al través del pesado y omnipresente aparato de difusión masiva de tal ideología. Es por eso, formadora de una *falsa ideología* en las clases trabajadoras. Depende en mucho de la fase revolucionaria que éstas recorran, de la situación cualitativa y cuantitativa de la correlación de fuerzas, de la desigualdad o igualdad entre las premisas objetivas para la revolución y las subjetivas que estas clases en mayor o menor plazo se puedan librar del peso e influjo de la ideología burguesa que les impide muchas veces iniciar la toma del poder para cambiar la actual injusta sociedad. Los productos de la cultura, como todos los del trabajo productivo, pueden ser ideologizados, ofrecidos como las exclusivas realizaciones de un grupo de seres superiores distanciados del trabajo manual y destinados al disfrute de los selectos grupos de la burguesía capaces de entender sus manifestaciones. En esencia reacia al arte y la cultura, la burguesía se apropia de sus productos y manifestaciones como parte del gasto suntuario, improductivo, meras «cosas».

La cultura revuelta contra la tiranía capitalista

Allí donde el capitalismo tuvo uno de sus albores, Inglaterra, poetas como Blake, Shelley Wordsworth, al escribir poemas o teorías sobre el idioma poético, coincidieron en que unos y otros son en el fondo voces de los oprimidos. Los tres escritores nombrados de acuerdo con la clase social a la que pertenecieron fueron empleados, usados sería la palabra, por la lucha entre la clase manufacturera que advenía al poder, los viejos propietarios rurales y la aristocracia comercial. Su valor cultural no menguó sin embargo. El proletariado de aquellos tiempos no pudo emplearlo como arma porque pese a su crecimiento en cantidad y poder carecía de organización y una clara política. Sólo se trata de un ejemplo. Históricamente cada cultura nacional de los países que de modo autónomo llegaron antes a tener como dominante

la formación social económica capitalista y desde antes incluso que ésta lo fuera se dieron gérmenes de una cultura democrática, en la medida en que el trabajo, la masa de trabajadores y explotados, en fin las peculiares formas de las relaciones sociales e inclusive el desarrollo de las fuerzas productivas son la matriz de una ideología democrática y socialista por incipiente que sea y por débil que proporcionalmente resulte ante la cultura burguesa en el capitalismo desarrollado. Esta en general es nacionalista y uno de los instrumentos principales de la ideología dominante. Escribe Lenin "[...] la ideología burguesa es mucho más antigua por su origen que la ideología socialista, porque su elaboración es más completa y porque posee medios de difusión *incomparablemente* más poderosos".² De ahí que no se pueda dejar a la acción espontánea de los elementos de cultura democrática surgidos de las masas explotadas el pleno desenvolvimiento de ésta. La cultura es un frente de lucha y como tal exige organización, comprensión y elevación del nivel político. Mas la cultura proletaria no nace de la noche a la mañana ni por mero acto de voluntarismo. Mientras respecto a la ideología burguesa se puede decir que la proletaria es antagónica e irreductible "que la humanidad nunca ha elaborado ninguna tercera ideología", de la cultura en cambio, determinada también como aquélla por la correlación y las contradicciones de clase no se puede desechar el acervo acumulado por toda la humanidad ni empezar en el neolítico la formación de una ideología socialista.³ Porque si bien el socialismo como doctrina surge y tiene sus raíces en la lucha del pro-

² *Ibid.*

³ Lenin escribe que por supuesto los obreros participan en la elaboración de su ideología y cultura independientes: "pero no participan en calidad de obreros, sino en calidad de teóricos del socialismo. [...] Y a fin de que logren con mayor frecuencia [...] es necesario que no se encierren en el marco artificialmente restringido de la «literatura para obreros», sino que aprendan a asimilar más y más la literatura general". *Ibid.*, p. 150.

letariado, las relaciones económicas y lo hace paralelamente, no son mecánicos sino dialécticos los entrelaces entre esa doctrina y la lucha. Son los conocimientos científicos, cuando las condiciones están dadas, los que integran el cuerpo cultural del socialismo, la doctrina correspondiente depurada de resabios burgueses. No se puede desdeñar toda la cultura burguesa porque lo es y porque la clase dominante la impregna de ideología y nacionalismo burgueses.

La lucha entre la cultura nacionalista burguesa ha sido una constante. La cultura internacional socialista que salva las esencias válidas nacionales (idioma, costumbres, tradiciones), toma de todas las culturas exclusivamente los mejores elementos democráticos y socialistas y forma una vinculada a la auténtica democracia y al carácter internacional en todos los aspectos del movimiento obrero mundial. Porque la cultura, la que no se produce burguesa ni en el vacío de las clases sociales ni la lucha entre éstas, es resultado de la correlación de todas las clases de cada país. Con el avance del internacionalismo capitalista en todo el mundo, primero bajo las formas del colonialismo y más tarde con la aparición del imperialismo en la fase del monopolismo capitalista, aquella correlación objetiva de clases en cada país se ve intrincada por su inserción en la estructura imperialista: la correlación de que se habla en el terreno cultural se aumenta con la de todos y cada uno de los países del mundo. Por supuesto eso no significa desarrollo cultural parejo o igual. Al contrario, la acentuación que el imperialismo impone del desarrollo desigual en el terreno cultural adquiere grados más agudos.

*De la Coatlicue calavérica
al Moloch del capitalismo del subdesarrollo*

Ciertamente lo que los conquistadores destruyeron no fue propiamente una cultura nacional ni un Estado-na-

ción en el México prehispánico. La afirmación de Spengler, una *cultura nacional*, la azteca, que los españoles destruyeron con la negligencia y despreocupación de un transeúnte que al pasar por el camino destruye la corola de una flor, es una figura literaria y un reconocimiento de lo que ciertos estratos indígenas iban logrando en la integración de una cultura nacional y acaso en la de un Estado. Muchos eran los grupos étnicos, las corrientes lingüísticas y dialectales; muy variadas las costumbres y rasgos culturales como para aceptar sin crítica la afirmación spengleriana. Pero lo que sí se puede afirmar, también mediante la negación de otra falsedad, la del amor que daría origen al mexicano, es que muy pronto las formas de explotación del trabajo de los aborígenes, razón veraz de su conservación como fuerza de trabajo, fueron dando lugar a diferenciación de clases cada vez más lejanas de la explotación del modelo, feudal supuestamente trasladado por los colonizadores españoles. Una explotación, claro no capitalista, pero en cuya simiente de lucro y mercantilismo, éste anidaba, esperando las condiciones de su maduración en el golpe y la lucha en el seno de las relaciones de producción sociales y cada día paulatinamente diferenciadas. No se repetirá aquí el largo proceso de luchas populares, de antagonismos de clase, de encuentros ideológicos de los que los artículos contenidos en este número de ESTRATEGIA son una primera aproximación. Un largo proceso va de la terrífica Coatlicue y su falda de serpientes, obras religiosas y ahora de arte de los estratos sacerdotales y quienes dominantes del mal llamado imperio, como lo también mal se podían llamar «reyes y emperadores» inexistentes, hasta que en México, en las postrimerías del siglo XIX la formación económico social del capitalismo es ya la predominante. Es claro, ésta no nace pura, como en ninguna parte del mundo, sino coexistente con formas residuales de explotación, pero a la vez útiles y aun necesarias a aquélla con la consiguiente extremación de la

miseria, intensificación de las formas explotativas y aumento inaudito de los desequilibrios y desigualdades. Verdaderos "culturicidios" de los eufemísticamente llamados estratos marginados.

La Revolución Mexicana fue también librada en el frente cultural. La lucha fue desigual pese a la aportación mayoritaria de las masas trabajadoras, obreras y campesinas y aun de fragmentos radicalizados de la pequeña burguesía. No obstante fue esa participación en el frente cultural la que desembarazando al capitalismo porfiriano de muchas de sus trabas desenvolvió manifestaciones artísticas, educativas y culturales que pueden lícitamente atribuirse a las batallas populares. México sin embargo, había caído de la sartén de la dependencia colonial a las brasas primero del capitalismo dependiente y entregado sin taxativas a los capitales extranjeros, atraídos por don Porfirio, y ulteriormente a las más disimuladas pero no menos ardientes del subdesarrollo y la dependencia estructural que no logró destruir la revolución democrática de 1910. A la vez si anteriormente la cultura nacional era determinada por la correlación objetiva entre todas las clases de los países y de todos los del mundo, pronto en el transcurso del desarrollo del imperialismo, con el triunfo de la Revolución de octubre y la aparición del primer país socialista, a esta correlación se agregó un hecho histórico decisivo: el sistema capitalista y por lo tanto sus culturas nacionales ya no eran el único ni las solas, sino que se enfrentaban al socialismo de un país multinacional y al surgimiento con otras modalidades de la cultura internacional de la democracia y del movimiento obrero mundial.

El frente cultural se ha tornado aún más importante porque es una de las partes integrantes de la contradicción antagónica entre capitalismo y socialismo en el plano internacional. Mientras el imperialismo del cual todavía es hegemónico el de los Estados Unidos, oprime pueblos enteros, desnaturaliza sus culturas, deforma, embrutece y

engaña a la clase obrera, invade países militarmente, en el área socialista día a día agrandada a pesar de las agresiones norteamericanas contra los movimientos de liberación y las revoluciones triunfantes, la cultura se ha convertido en un *hecho* del mismo modo que los medios de producción material es una forma de expresión social, de todo el pueblo que esté en capacidad física y mental de adquirirla. Así lo han demostrado la rapidísima extinción del analfabetismo en países muy recientemente llegados al socialismo y también el inusitado florecimiento cultural que esos países revelan en actividades muy diversificadas de las letras, las artes plásticas, la música, la danza y todo aquello que es producto de la esencia auténticamente humana excentrada de la corpórea y materialistamente vulgar individualidad: acumulada como patrimonio de las sociedades humanas y verdadera esencia del hombre.

Como se verá en los ensayos de este número, el frente cultural en México siempre ha estado escindido entre los que consideran la cultura como un bien suntuario y de despilfarro de la clase ociosa, propietaria de los medios de producción y de la cultura, el arte y el idioma, y los que la proponen como una manera de enriquecer a todo el pueblo espiritualmente y de elevar con ello parejamente sus condiciones materiales de vida. La revolución misma con su inicial impulso antimperialista y la propulsión de la educación popular, aunque supeditada a la necesidad de cuadros para el capitalismo, demostró hasta qué punto el frente cultural integra una unidad contradictoria. De un lado la preservación, de ningún modo la retroacción de la vida a formas históricas prehispánicas, rebasadas e imposibles de restaurar con pretendidos indigenismos, en que las viejas culturas perduren en formas artísticas originales e inéditas que enriquecen el arte internacional. Del otro, la transculturación y deformación provocada por los usos y costumbres imperialistas: la extinción de lenguas y dialectos indígenas que el verdadero internacionalismo proletario conserva con esmero, como

parte del respeto que aquel internacionalismo profesó por las nacionalidades como sus partes integrantes. La hora es de darle la importancia necesaria al frente cultural. Ello no quiere decir aislarse de todo lo que se esté dando como creación en ese terreno provenga de la clase dominante, de los centros creados por los partidos, frentes, sindicatos y organizaciones obreras y campesinas y de las instituciones del Estado en general. Elevar la conciencia de esa necesidad es el objetivo de este número.

De la enajenación a la explotación

No es posible menospreciar el frente cultural, la lucha entre contrarios que en él concentra la lucha de clases cuando ya la sociedad se ha dividido en ellas, o el proceso que lleva de una a otra categoría histórica. En este largo e histórico devenir paralelo al de humanización del hombre, para decirlo así, no puede identificarse mecánica y simplistamente la cultura como un conjunto de instancias sociales, artísticas y científico-técnicas como tampoco por el transcurso lineal de las fuerzas productivas. La producción material no puede concebirse fuera de una forma histórica específica. La producción espiritual, el conjunto de ésta que se cristaliza en culturas nacionales diferentes, pero todas ceñidas, aunque desigualmente, por las relaciones sociales de tal o cual etapa, también se da una categoría histórica determinada. A la vez las relaciones entre lo material y lo espiritual, la cultura y la base estructural económica, influyen y determinan cada una de esas esferas. Pero no mecánicamente. El mecanismo suprime la prescindencia de la especificidad de las categorías históricas y en la sucesión de éstas en la que se forjan las diversas culturas en un largo proceso histórico, desigual pero integradas de las diversas formas nacionales. Tal categoría es la base única a partir de la cual se surten de cultura y modos ideológicos peculiares de una formación social especial.

Por ello se ha escrito con lucidez:

la relación no es tan sencilla [...] Por ejemplo, la producción capitalista es hostil a ciertas ramas de la producción espiritual, verbigracia el arte y la poesía. Si no se tiene esto en cuenta, se abre el camino a la ilusión de los franceses del siglo XVIII, que tan magníficamente satirizó Lessing. Dado que estamos más adelante que los antiguos en materia de mecánica, etcétera, ¿por qué no habríamos de poder elaborar también una epopeya? ¡Y la *Henriade* en lugar de la *Ilíada*!

Lo que se dice de la poesía y el arte, más extensamente es válido para la cultura. Al examinar la relación entre lo material y la producción espiritual, abarcando en ésta costumbres, formas peculiares de vida y prescindir de la consideración de categoría no en general, sino definida en su forma histórica, se le quita a la cultura el papel activo de frente de lucha de los pueblos. Se olvida asimismo la participación de las clases trabajadoras, y estratos del pueblo en la forja de la cultura al través de las luchas de clases, cuando éstas ya están divididas, o del proceso de división del trabajo que conduce a las sociedades de clase. Se olvida que en las clases dominantes, como ocurre con la ideología, imponen ésta a todas las demás. Pero también que las gobernadas entran en conflicto más o menos antagónico con las gobernantes no sólo en el terreno de lo material sino también en el frente cultural.

La conquista de México significó la destrucción de un curso histórico de cultura implícita en las diversas manifestaciones de las tribus, clanes y comunidades prehispánicas. A ella sucedió la enajenación de los autóctonos —indígenas y mestizos— sobre todo. No sólo de atracción masiva de su trabajo y los productos de éste sino, por la intensidad del drenaje colonial de riqueza, de ésta misma: la masa del mexicano así vista como una colecti-

vidad fue sometida a doble enajenación. Es así como la cultura, en las manifestaciones literarias, artísticas y filosóficas de aquélla, parece radicalmente divorciada de lo que el pueblo en general es y su vida. Si no se puede decir en sentido estricto que los españoles trasladen de modo masivo y monolítico el sistema económico social de España, sí en cambio puede afirmarse que el remedo de cortes palaciegas reales (las cortes virreinales) parece postizo y ajeno a la vida y el trabajo de la mayoría de los mexicanos de aquél. Incluso, por ejemplo, poemas de gran valor literario y aun de intensa preocupación científica como el primer sueño de Sor Juana, nada se liga con el trabajo de los autóctonos a la vez que sus concepciones científicas y filosóficas marchan rezagadas conforme a las europeas prevalecientes a la sazón. Mas la propia Sor Juana, en otros poemas de menor pretensión estética, en el uso del lenguaje coloquial de su tiempo, en el empleo de palabras que acaso murieron pronto, pero que fueron extraídas del enérgico idioma popular de los sometidos y enajenados, revela la dialéctica que se establece en el nivel del idioma entre la forja que de éste hace con sudor y trabajo el pueblo y la fijación, también variable, de escritores y artistas cultos. Una interrelación siempre presente en el idioma: desde la energía organizadora popular de éste y el afán literario por darle moldes precisos y estrictos, surge el movimiento del lenguaje y a la vez su escisión en dos: uno muerto y falsamente culto porque pretende inmovilizarlo y otro vivo y dinámico aunque en el camino muchas de sus aportaciones, no todas, vayan muriendo. Mas en esta labor recíproca de lengua popular e idioma culto, otras muchas relaciones están presentes. La dialéctica materialista se basa no sólo en la unidad de todos los aspectos y relaciones de la vida social, también en el profundo conocimiento del carácter contradictorio de esas relaciones y de su desenvolvimiento. O como lo explica Mijail Lifshitz:

Bajo el dominio de la burguesía, hay una contradicción históricamente condicionada (aunque transitoria) entre el desarrollo de las fuerzas productivas de la sociedad y sus realizaciones artísticas, entre tecnología y arte, entre ciencia y poesía, entre las enormes posibilidades culturales y la magra vida espiritual [...]. Al asumir el papel de sepulturero de la burguesía, el proletariado, mediante cada paso de la lucha de clases, conduce firmemente a la abolición de las contradicciones heredadas del pasado histórico. Al acabar con las propiedades de clase y todas sus ventajas políticas y económicas, la clase trabajadora termina con la división de la sociedad en opresores y explotados y establece los fundamentos para destruir el antagonismo entre ciudad y campo, y entre trabajo físico y espiritual.

Pero en el pasado histórico y en el presente este trabajo no ha sido tarea exclusiva del proletariado. No lo fue cuando éste no existía propiamente. No ahora cuando los pueblos en sus mayores porciones sufre de un modo o de otro la explotación y resiente el antagonismo.

Diacronía y sintonía de la explotación

Ni por su propósito, ni por la extensión de este artículo, es posible seguir en toda su complejidad y múltiples detalles, con toda la riqueza de lo particular, la forma como en el país (México) se desenvuelve, en el frente cultural, la contradicción entre el trabajo espiritual (cultural) y el material (físico).

La conquista como brutal manera de extinguir un movimiento cultural autónomo, la doble enajenación del trabajo material de los autóctonos, la imposición de patrones culturales ajenos, no pudieron a la postre acabar con las contribuciones del pueblo a la cultura mexicana

y sus peculiaridades. Mas habría que considerar en otro trabajo detallado lo que significa en el movimiento cultural de México el hecho histórico del desarrollo desigual. En el país, en efecto, si bien el frente cultural se da en el seno de categorías históricas definidas, éstas, a causa de ese desarrollo desigual, ocurren también en un proceso en que tales categorías expresan las contradicciones específicas mencionadas y las ambivalentes entrañadas entre el paso de la dependencia colonial a la estructural. Se podría aventurar pues, a reserva de indagarlo en lo concreto y con mayor rigor científico, que el movimiento que va desde las comunidades prehispánicas, pasando por las estructuras coloniales, hasta los inicios del sistema capitalista en las postrimerías del siglo diecinueve, es uno que no sólo acusa la dialéctica interna de las contradicciones (sincrónico pues en sentido estricto) y también el diacrónico que implica la imposibilidad del país al deshacerse del sistema colonial, de seguir un camino autónomo, no dependiente estructuralmente. El imperialismo en el cual se inserta la estructura del país determina que la diacronía del desarrollo económico social, y por tanto el cultural entren en contradicción con una sincronía del sistema capitalista no por influjo de tal imperialismo como un factor externo sino por inclusión, con otros caracteres de los rasgos culturales propios en los generales de las estructuras imperialistas. De ahí la importancia que adquiere hoy la lucha en el frente cultural. La lucha antimperialista, el imperialismo como el enemigo principal y la oligarquía subsumida en distintos niveles de subordinación de ese enemigo, no se da contra un fantasma situado más allá de las fronteras nacionales, sino que es cultural combate vivo y presente en las costumbres, en la propaganda, en los medios masivos de comunicación y difusión, en la propagación incesante de la ideología dominante destinada a forjar una falsa conciencia ideológica en la clase trabajadora y en el pueblo en general. La lucha pues en el frente cultural es tan necesaria como decisiva para el pueblo mexicano, como lo es

la democrática consistente en luchar por la toma del poder y desde éste construir una nueva sociedad en que se puedan armonizar todos los viejos valores creados por la humanidad, inclusive en su etapa burguesa revolucionaria con preservación y vitalidad de los aportes de cada una de las culturas nacionales y su significado en el acervo de la cultura universal.

EMPECEMOS A REESCRIBIR NUESTRA PROPIA HISTORIA

Herencia cultural e historiografía convencional

Los artículos anteriores demuestran que México tiene una rica tradición cultural que sería erróneo menospreciar y de la que debiéramos estar profundamente orgullosos. Aun el México precolombino, pese al bajo nivel de su desarrollo material y a su todavía inexistente integración nacional, dejó constancia de realizaciones culturales que impresionaron grandemente al conquistador europeo, el que sin embargo no tuvo empacho en destruir, y que aún hoy son objeto de reconocimiento y genuina admiración. Tenemos una vieja cultura, muchos de cuyos rasgos dan cuenta de la sensibilidad, la creatividad y la profundidad de las luchas de nuestro pueblo. Pero esa cultura, lejos de haberse forjado gradual y armoniosamente, ha sufrido dolorosos desgarramientos a lo largo de su en verdad dramática historia. La conquista española no fue, ciertamente, un vehículo fusionador de distintos aportes culturales. Se caracterizó más bien por su violencia, por la decisión de destruir todo aquello que estorbaba sus propósitos de dominación. En tal sentido rompió la continuidad del proceso histórico; se abrió paso a sangre y fuego, y hasta la nueva religión fue impuesta más con la espada que con la cruz.

México nació a la vida moderna como víctima inocente de quienes con mayores medios materiales a su alcance, imponían por la fuerza sus leyes, sus intereses y privilegios. En sólo unas décadas perdió mucho de lo que había logrado en siglos: creaciones artísticas, templos y

centros ceremoniales, ciudades enteras y millones de habitantes diezmados por enfermedades antes desconocidas, por la explotación y por la muerte en una lucha desigual con un poderoso y cruel enemigo.

A partir de entonces empezamos a vivir bajo la dominación extranjera y sin ser, por tanto, dueños siquiera de nosotros mismos. Las más profundas raíces de nuestra cultura fueron destruidas y luego olvidadas, salvo por quienes las recordaron y respetaron en silencio, como si fuese un crimen reivindicarlas abiertamente y en voz alta. Y nuestros recursos fueron explotados —y para colmo irracionalmente explotados—, en beneficio de una metrópoli atrassada que más que verdadera «madre patria» fue incomprensiva y dura madrastra.

Las luchas por la independencia nacional, a principios del siglo XIX, fueron la prueba sin embargo de que después de tres siglos de coloniaje el pueblo mexicano no había sido aniquilado. Ahora, claro está, no era el mismo de la época de la conquista. Era un pueblo diferente. La colonia había dejado en él una huella profunda y aun indeleble. Sus duras condiciones de vida y la mezcla racial lo habían transformado. Pero de nuevo se hacía presente un pueblo en lucha por su libertad y por su independencia, un pueblo en busca de su identidad y que intentaba abrirse paso por nuevos caminos.

Los avances logrados por el pueblo mexicano en los tres siglos previos no fueron ni podían ser espectaculares. Bajo un régimen colonial no es fácil progresar e incluso es imposible forjar una gran patria. Poder colonial significa servidumbre, explotación, enajenación, saqueo, rechazo a toda iniciativa que ponga en peligro el orden social existente. Y así vivió el pueblo mexicano buena parte de su historia moderna.

Las propias luchas por la independencia fueron muy cruentas y desenlazaron no en la república democrática y autónoma por la que lucharon Hidalgo, Morelos y los primeros insurgentes, sino en el contemporizador y vaci-

lante imperio de Iturbide. Aún derrotada España la pesada y vieja herencia colonial seguiría presente durante decenios. Y tanto por los graves problemas internos como por las nuevas formas de inserción en el mercado capitalista mundial en desarrollo, la independencia política no podría convertirse, como de momento pudo haberse pensado, en independencia económica. Antes al contrario, independencia política formal y dependencia económica real expresarían una nueva y profunda contradicción que no se resolvería entonces y menos aún décadas después, en el marco de un capitalismo nacional deforme y débil, subordinado estructuralmente al imperialismo.

Sorprende, en verdad, que después de siglos de destrucción del patrimonio cultural del México antiguo, éste pueda exhibir todavía hoy creaciones admirables que sin duda son un signo de su grandeza y esplendor. Y aunque queda mucho por descubrir y restaurar, sabemos que incluso con esos extraordinarios testimonios será imposible que nos formemos una idea justa de lo que fue el México que los españoles conquistaron y en gran parte destruyeron a sangre y fuego. Más importante que la tarea física de reconstruir es la de comprender, penetrar a fondo en nuestro pasado, dar con nuestras raíces más profundas y reenlazar las más importantes fases de nuestra historia, para poder tener de ésta una visión global que explique lo que somos, de dónde venimos y cómo llegamos hasta aquí.

El México colonial, lo que eufemísticamente se llamó la Nueva España y que en rigor fue más bien la expresión de la vieja y atrasada España europea, es una larga etapa de nuestra historia. Pero pretender que ésta empieza con la conquista y la colonización, olvidando todo lo que hay atrás, sería renunciar no sólo a nuestro más remoto pasado sino a la necesidad de conocernos a nosotros mismos y en cierto modo a la posibilidad de transformarnos a partir de nuestra propia realidad histórica. Y ello no significa restar significación a la colonia por lo que ésta

tiene de imposición violenta de otra cultura, y sobre todo de lucha anticolonial que culmina en la independencia política y en la compleja síntesis en que se expresa el desarrollo del pueblo mexicano.

E incluso será difícil comprender la naturaleza de esa síntesis si no conocemos mejor que hasta ahora a la población indígena de la que originalmente procedemos y que sin duda sigue siendo un importante componente de nuestra nación. Porque lo cierto es que México tiene no sólo un pasado sino un presente y un profundo contenido indígena que imprime un sello característico a su cultura y a su historia. Aunque a menudo suele exaltarse lo indígena como un elemento valioso, lo cierto es que lo dejamos casi siempre de lado o lo damos por supuesto como algo que efectivamente está ahí, pero que no merece nuestra más seria reflexión. México es un país etnográficamente complejo, y aunque la población indígena ha perdido importancia relativa, sobre todo en ciertas regiones y ciertos aspectos de nuestra vida tiene todavía hoy una gran significación. Por lo que todo intento serio de estudio del problema nacional tiene que considerar el componente indígena como algo que no puede menospreciarse ni verse como un problema menor o un dato secundario a veces meramente folklórico, que se subordine a los intereses y valores culturales de la población blanca y de la clase en el poder.

La historiografía oficial mexicana, liberal y burguesa en lo fundamental, aunque no desprovista de matices e ilusiones pequeñoburguesas, suele ofrecernos una imagen formalista y lineal de la historia de nuestro país; una imagen en la cual a partir del siglo XIX, la Independencia, la Reforma y la Revolución de 1910 se suceden como tres momentos estelares de un proceso en el que, lo que no se consiguió durante un siglo de luchas, lo logramos finalmente al amparo de la Constitución Política de 1917 y los gobiernos posrevolucionarios. En esa historia ecléctica y convencional cuyo contenido de clase se oculta ce-

losamente, no hay contradicciones antagónicas, casi no hay rupturas profundas, no hay explotación, no hay clases ni luchas entre ellas y sobre todo no hay formaciones sociales definidas y en desarrollo ni relaciones de producción que influyan decisivamente en las ideas dominantes y en las formas características de la cultura burguesa.

Concretamente se ignora la presencia del fenómeno capitalista, o sólo se le ve como un hecho externo que rodea a nuestro país e influye de algún modo en su desarrollo, pero sin que éste exprese las contradicciones propias de tal modo de producción. Lo que en otras palabras supone que el carácter de las relaciones de producción y la forma en que, en cada etapa del proceso capitalista se desenvuelve el capital a partir de cierto nivel de desarrollo de las fuerzas productivas, queda en el mejor de los casos como un dato secundario, que a menudo se da por supuesto como si no fuera una variable clave a considerar.¹

Y ni qué decir de las versiones más conservadoras, aquellas que fundamentalmente expresan las posiciones de ciertas fracciones de la burguesía y de las corrientes más reaccionarias subordinadas directamente al imperialismo, que niegan *a priori* todo progreso, que reniegan de la transformación social y aun de cualquier reforma y que de una u otra manera sugieren siempre que la solución a los graves problemas está en preservar los privilegios en favor de unos cuantos y aun en volver atrás, en busca de un pasado ya muerto.

"Nuestro país —se dice en los libros oficiales de texto para el sexto grado— ha alcanzado algunos de los objetivos que se propuso la Revolución Mexicana; pero hay viejos problemas que no se han resuelto todavía, y el desarrollo desequilibrado ha hecho surgir otros nuevos.

¹ Véase: Alonso Aguilar M., "Factores socioeconómicos que afectan la soberanía de nuestros pueblos", en *Nuestra América, en lucha por su verdadera independencia*, Editorial Nuestro Tiempo, México, 1981.

En México, como en todo el mundo, los problemas son innumerables y complicados, puesto que se refieren a todos los órdenes de la vida de un país moderno".²

México —se añade— ha crecido económicamente con rapidez, "[...] sin embargo los beneficios de este desarrollo no se han repartido por igual entre todos los habitantes, ni entre todas las regiones del país".³

Pero está a nuestro alcance resolver estos y otros problemas. La Constitución en vigor —se subraya a menudo— entraña un gran avance social y es la base para hacerles frente con éxito. "El artículo 3o. pone en manos del gobierno la organización del sistema educativo". Este artículo es importante porque los mexicanos podemos unirnos más a través de la educación, y podemos entender mejor los problemas de nuestro país". "El artículo 27 señala que la Nación es propietaria del territorio nacional y de todos sus recursos naturales; al Estado corresponde cuidar ese patrimonio y determinar la manera como los particulares deben explotarlo". "El artículo 123 protege los derechos de los trabajadores".

"En todos estos artículos se consagraron los ideales revolucionarios: son el resultado de un siglo de luchas para conseguir un orden más justo. Debemos continuar luchando para hacer realidad lo que dicta nuestra Constitución".⁴

¿Y en qué ha de consistir esa lucha? El texto oficial para el sexto grado no da, naturalmente, una respuesta precisa. Pero sugiere ciertas líneas de acción:

"Todos los funcionarios —dice— están obligados a prestar servicios, porque el gobierno es electo por el pueblo, y su sueldo se paga con nuestros impuestos. Debemos exigir que nos traten con cortesía y eficacia. Sólo cuidando que nadie nos arrebatase nuestros derechos y cumpliendo con nuestras obligaciones, terminaremos con la

² Secretaría de Educación Pública, *Ciencias Sociales*. Texto para el Sexto Grado, México, 1974, p. 186.

³ *Ibid.*, p. 184.

⁴ *Ibid.*, pp. 180 y 181.

corrupción, tendremos funcionarios honrados e instituciones eficaces [...]". "[...] Si todos los mexicanos participamos en la vida política del país, la democracia, establecida por nuestras leyes, será una realidad [...]". "Los ciudadanos deben conocer las ideas, los programas y comprobar la honradez de los candidatos a puestos públicos. Una vez electos, se les debe exigir que cumplan con eficacia las tareas de su cargo".

En síntesis: "Cada día la gente toma mayor conciencia de la importancia de participar en la vida política. Por eso es indispensable observar con atención lo que pasa en nuestra comunidad. Así resolveremos todos juntos nuestros problemas [...]". "Es fundamental que comprendamos que todos los grupos sociales son necesarios para la vida del país. En una sociedad todos somos responsables de los éxitos y los fracasos".⁵

El resumen anterior es revelador y desde luego no sólo atañe a los alumnos del sexto grado de primaria. Contiene una posición oficial elaborada por adultos y que importa fundamentalmente a éstos. Sintetiza una concepción ideológica —en realidad la dominante—, según la cual nuestro pueblo ha logrado básicamente aquello por lo que luchó siempre. Tal posición no es abiertamente reaccionaria. Es más bien liberal y reformista. Reconoce como hemos visto que quedan problemas no resueltos, pero en general de poca monta. Los más graves fueron por fortuna ya solucionados o lo están siendo ahora. Y lo que más importa es que avanzamos en la dirección correcta.

Los problemas a que hoy nos enfrentamos no derivan del carácter de las relaciones de producción, sino que se dan en la esfera de la distribución; no consisten en que se carezca de un régimen político realmente democrático sino en que éste acusa fallas y defectos que es menester corregir. No se trata de que la corrupción sea inevitable

⁵ *Ibid.*, pp. 193, 194, 196 y 197.

bajo este sistema social, sino de desviaciones en que caen algunos funcionarios deshonestos. Y aun el atraso y la dependencia no son fenómenos propiamente estructurales sino situaciones transitorias que podemos y debemos superar con ayuda de la ciencia, las nuevas técnicas y una buena dosis de imaginación. Lo que necesitamos es exigir a los funcionarios "que cumplan con eficacia" sus tareas, "observar con atención lo que pasa en nuestra comunidad", "participar". Con "funcionarios honrados" e "instituciones eficaces" saldremos adelante. Pero entendamos: la lucha no es contra nadie en particular, no es una lucha de clases ni por tanto propiamente política. "[...] Todos los grupos sociales —se insiste— son necesarios para la vida del país. En una sociedad todos somos responsables de los éxitos y los fracasos".

El lector tendrá ahora una mejor idea del discurso oficial que se repite en las escuelas elementales y que, con ciertas variantes, se expresa todos los días en otros foros.

México llega al fin del siglo xx con una larga historia y una vieja cultura. Con la capacidad institucional además para hacer frente a sus más graves problemas. Todo lo que hoy se requiere es impulsar la reforma política, cumplir con los derechos y obligaciones que la ley establece, actuar con espíritu cívico, participar, fijarse por quién se vota y reclamar a los funcionarios que cumplan con su deber. Vivimos pues en una sociedad privilegiada cuya suerte depende del esfuerzo de todos, de hecho en una sociedad sin clases, en la que unos tienen más que otros pero en la que todos, ricos y pobres, poderosos y débiles, jóvenes y viejos, hombres y mujeres podemos aspirar a la justicia, la igualdad y la felicidad.

Que tal discurso es parcial, carente de objetividad y aun demagógico, ciertamente. Y sobre todo es falso: es la expresión de la ideología de la clase dominante, de una ideología en la que la cultura y la historia son casi siempre distorsionadas.

Nuestros problemas, se nos dice, son los de todo país

moderno. En parte ello es así, pero sólo en parte, porque en rigor son más bien los propios de un país capitalista subdesarrollado y sometido al imperialismo, que se desenvuelve a partir y a través de contradicciones profundas que a tres cuartos de siglo de la Revolución no han podido resolverse ni lo podrán en adelante mientras el nuestro sea un país capitalista. Para resolverlas habrá que avanzar hacia el poder, y sobre todo lograr un Estado genuinamente revolucionario, establecer una verdadera democracia y empezar a sentar las bases de una sociedad diferente, en la que los medios de producción, en vez de ser propiedad de unos cuantos sean de todos; en la que sea posible eliminar la anarquía y planificar el desarrollo, y en la que la cultura no sea un privilegio sino algo que el pueblo no sólo cree sino que pueda disfrutar plenamente. Pero de estas cuestiones no se habla naturalmente en los libros de texto ni en los discursos de la clase en el poder.

¿Y de dónde proviene esa singular versión de lo que es hoy nuestro país, esa idea según la cual vivimos en una "economía mixta" excepcional y casi idílica, que incluso ha escapado a las leyes del desarrollo social y en la que la rectoría del Estado —de un Estado supuestamente comprometido con los mejores intereses del pueblo— es suficiente para impulsar y orientar el desarrollo, para coordinarlo y para restablecer el equilibrio cuando éste se perturbe transitoriamente? ¿Cómo explicar que nuestro país viva un presente sin historia, es decir una situación que ni viene del capitalismo ni va hacia el socialismo, o en otras palabras deseslabonada del pasado y del futuro y cuyos problemas, para ser resueltos sólo reclaman actuar como un buen ciudadano, una buena ama de casa y un responsable padre de familia?

La historia escrita de nuestro país, de la Independencia hasta aquí, tiene el más diverso origen. En su versión oficial más socorrida es fruto de la interpretación de los liberales. De Fray Servando, de Zavala, del doctor Mora

y Mariano Otero. De los liberales de la época de la Reforma —Zarco, Prieto, Ramírez, Altamirano, los Lerdo, Ocampo, el propio Juárez y otros. De Sierra, Orozco y Berra y Porfirio Parra. De Molina Enríquez y Cabrera. De Rabasa, Vasconcelos, Bojórquez, Fabela, Silva Herzog, Cossío Villegas y González Ramírez. Y desde luego también de conservadores como Alamán y Bustamante, como los “científicos” e ideólogos porfirianos; de Cuevas, Bulnes, Vera Estañol, Pereyra y otros. Esto por lo que se refiere a historiadores profesionales y a autores que se interesaron al menos en ciertos aspectos o episodios de nuestra historia. Las ideas dominantes sobre el México de hoy tienen sin embargo un origen más diverso y complejo. No sólo se hallan en libros sino en breves ensayos y artículos publicados en revistas y diarios, en apuntes de cátedras universitarias, en documentos de organizaciones políticas, en discursos oficiales, en materiales preparados por la iglesia o bajo su influencia y en informes de organizaciones sindicales y de carácter empresarial.

Pero tengan uno u otro origen, generalmente tales posiciones responden a intereses de clase, a intereses de la burguesía que las ilusiones pequeñoburguesas presentes a menudo no logran sin embargo ocultar. Lo que naturalmente no quiere decir que esa versión de nuestra historia sea unívoca. Inclusive con frecuencia exhibe discrepancias que parecen irreconciliables. Pero si se las examina con cuidado se advierte que, sin menospreciar los aciertos y la validez de algunos planteos, en conjunto no son capaces de explicar lo que es hoy y lo que ha sido nuestro país. No sólo porque en vez de situar su desarrollo en el marco real en que se produce, esto es en formaciones sociales concretas, y sobre todo de entender la forma en que surge y se desenvuelve el capitalismo y las contradicciones que condicionan su desarrollo sobre todo en la fase imperialista, en vez de entender en otras palabras la dinámica central del sistema y los cambios que determina en su estructura y superestructura, tales posiciones caen

casi siempre en el pragmatismo, en el positivismo, el eclecticismo y el idealismo propios de la ciencia social burguesa.

Desde luego esto no significa que el acervo de materiales sobre nuestra historia en el que fundamentalmente se recogen tales posiciones sea por fuerza deleznable o inaprovechable. Mientras la burguesía o al menos ciertas fracciones de ella tienen un carácter progresista y aun revolucionario, sus intereses no riñen gravemente e inclusive pueden coincidir con los de la nación en su conjunto. Y algunos aportes suelen ser inapreciables y aun insustituibles. Pero cuando consolidada ya como clase económica y políticamente dominante se dedica de lleno a explotar a los trabajadores, cuando se subordina al imperialismo y renuncia en la práctica a la verdadera independencia, su versión de la historia se vuelve cada vez más superficial y apologética. Y lo mismo ocurre respecto a la cultura.

La historia de México concretamente en el siglo xix no puede verse —repetimos— como un proceso lineal, en el que la Independencia y la Reforma se enlacen armónica y fácilmente, en vez de producirse a partir de rupturas profundas y expresarse en contradicciones violentas verdaderamente antagónicas.

Para entender el desarrollo del proceso no basta verlo en la perspectiva del enfrentamiento entre liberales y conservadores; es preciso conocer la naturaleza y el funcionamiento de la formación que sirve de base, de motor y de marco a la sociedad mexicana. Sin esta categoría ordenadora es imposible explicar y aun establecer con cierta precisión las contradicciones fundamentales del México de entonces, y descubrir por tanto las fuerzas que juegan el papel protagónico. La lucha por la Independencia que encabezan Hidalgo y Morelos no es sólo un movimiento nacional emancipador. Es también una lucha revolucionaria, una lucha de clases que enfrenta directamente a pobres y ricos, que atemoriza a éstos y que hace que, con honrosas y aisladas excepciones precedan pri-

mero como propietarios y después, en todo caso, como mexicanos que aspiran a ser independientes, en tanto la independencia no lesione sus intereses y sus privilegios.

Pero para comprender el alcance de esa lucha y el tipo de clases que en ella contienden es necesario saber qué fue lo característico de aquella formación social en cada etapa de su desarrollo. Sin este elemento insustituible sería, por ejemplo, muy difícil entender por qué la guerra de independencia desenlazó en el triunfo de quienes, como Iturbide, la habían combatido con mayor encono; porque el México de Santa Anna fue incapaz de enfrentarse con éxito a la invasión norteamericana, y por qué, en cambio, el México de Juárez y la Reforma sí pudo vencer a la intervención militar francesa.

La historiografía burguesa gira usualmente alrededor de personalidades civiles, y militares, de funcionarios de alto rango burocrático y de hechos, en general secundarios y a veces hasta accidentales. El actor principal de la trama, es decir el pueblo, no está presente o sólo aparece como un personaje menor.

Se olvida que si bien su papel no es siempre el mismo, siempre tiene importancia pues es el pueblo el que trabaja, el que produce, el que crea la riqueza que unos cuantos pretenden apropiarse, y el que con frecuencia decide el rumbo que toman las cosas.

En la revolución de independencia, por ejemplo, aunque nadie duda del mérito enorme que corresponde a quienes encabezan el movimiento y entregan a él su vida, lo cierto es también que las masas populares juegan un papel de primer orden en cada fase del proceso. Y lo mismo ocurre durante la reforma y en la lucha contra la intervención francesa, en la etapa posterior de reorganización de la República, y desde luego en la revolución contra la dictadura porfiriana.

Y el pueblo no sólo está presente en los campos de batalla. Lo está en todas partes: en los frentes del trabajo y la producción, en la agricultura, la minería y la

industria; en la construcción y operación de los ferrocarriles y los puertos; en la administración pública, en la prensa, las organizaciones políticas, las escuelas, el arte y la cultura.

Los cambios que sufre la sociedad mexicana después de la revolución de 1910, habrían sido imposibles y resultaría inexplicables sin la participación popular. Gracias a ésta pudo derrocar al porfiriato y vencer a Huerta y el viejo ejército federal. Y sobre todo, concluida la guerra civil, gracias al esfuerzo diario, sostenido y a menudo incluso heroico del pueblo fue posible el desarrollo económico de los últimos sesenta a setenta años.

Se reitera con frecuencia que la reforma agraria fue muy importante para impulsar ese desarrollo. Pero se olvida que en ella jugaron un papel fundamental centenares de miles de campesinos y jornaleros rurales, de maestros y organizadores ejidales, de operadores de los nuevos equipos y de mujeres que desde entonces se incorporaron a la fuerza de trabajo. Y lo mismo acontece en las demás actividades.

El día que se escriba la historia del desarrollo industrial de nuestro país en el último siglo, si esa historia se escribe como debiera, o sea con objetividad y rigor, y no como un mero alegato apologético al que sólo interese defender a los empresarios y a la clase en el poder, tendrá que hablarse de los millones de trabajadores de diferente nivel, manuales e intelectuales, calificados y no calificados que, con su esfuerzo modesto y casi siempre callado pero cotidiano y verdaderamente creador, hicieron posible el desenvolvimiento de las nuevas factorías textiles, de la industria petrolera y petroquímica, de las grandes centrales eléctricas, de las plantas siderúrgicas, de las fábricas de automóviles y camiones, de los complejos químico-farmacéuticos, de la vasta infraestructura de obras y servicios y de las grandes ciudades.

O sea que mientras nuestros historiadores no lleven al primer plano el examen de cómo surge y se desenvuelve

la fuerza de trabajo que, naturalmente dotada de ciertos medios y a partir de determinadas condiciones, hace posible con su esfuerzo la transformación que experimenta la sociedad mexicana, tendremos del desarrollo de ésta una visión parcial, insuficiente, inaceptable y a menudo inclusive del todo errónea.

La clase dominante no comprende las leyes del desarrollo social ni la forma en que esas leyes se expresan en la lucha de clases. Su idea de que es ella el eje y el centro del proceso, aun en una fase como la actual en que la descomposición del capitalismo la vuelven definitivamente incapaz de intentar siquiera lo que otras burguesías hicieron con éxito en otros tiempos, otros países y bajo otras condiciones, le impide comprender específicamente el papel de las masas, a las que supone una especie de fuerza "ciega", impreparada, negativa, espontánea, incontrolable y aun proclive a la anarquía y la violencia.

El reconocimiento de la contribución de las masas sólo se hace demagógicamente o cuando responde a los intereses no de los trabajadores sino de la burguesía, cuando no sólo no impugna o pone en peligro el orden imperante sino que incluso lo refuerza. Hoy día, por ejemplo, los altos funcionarios del gobierno y aun algunos empresarios elogian al movimiento obrero porque no obstante la severidad de la inflación y la dureza con que ésta lesiona a los trabajadores, las demandas salariales son "prudentes", "responsables" y ayudan por tanto a estabilizar y a facilitar la recuperación económica. Pero apenas se acentúa el descontento y se plantean ciertas reivindicaciones, así sean éstas bien modestas e indiscutiblemente legítimas, no se hace esperar la respuesta burguesa que las desautoriza, rechaza y aun califica de antipatrióticas.

En general sin embargo, a la vez, la clase en el poder gusta exaltar la significación de nuestras luchas más importantes y ostentarse ella como su continuadora, como su defensora más consecuente, y en cierto modo como su

heredera universal. Lo que revela que primero las combata con la mayor energía, y cuando son ya un hecho del pasado, en actitud oportunista, demagógica e hipócrita, las reivindica, muestra hacia ellas un sospechoso respeto y aun las hace suyas.

Hace apenas unos días, a punto de cumplirse el 175 aniversario del inicio de la guerra de independencia, el alto clero político por conducto del cardenal Corripio Ahumada, organizó una solemne y significativa ceremonia en Dolores Hidalgo, destinada a rendir un tardío homenaje al padre de la patria, o sea a quien la iglesia excomulgó en 1810 precisamente por lanzar al pueblo mexicano a la lucha por su emancipación nacional. Y lo que se hizo fue tratar de restar importancia a la excomunión, pretender que ésta había supuestamente obedecido a faltas graves de Hidalgo en su condición de párroco, y que de ningún modo constituía un rechazo a la causa de la independencia.

El acto, por lo demás una manifestación de culto externo violatoria de la Constitución, y el amañado "análisis" del cardenal que en realidad no fue otra cosa que una reiteración de las viejas posiciones de la Iglesia contra la tradición liberal y progresista del pueblo mexicano, no son aquí objeto de nuestra atención. Lo que solamente queremos mostrar es cómo, sin abandonar en rigor tales posiciones y aun justificando el edicto de excomunión de Hidalgo, lo que se pretende es engañar a nuestro pueblo y hacerle creer que la Iglesia en aquellos tiempos no fue contraria a la lucha por la independencia, como no lo es tampoco hoy.

O en otras palabras: que no fueron razones políticas ni divergencias de fondo con los iniciadores de nuestra revolución de independencia, las que determinaron a la Iglesia a actuar por entonces como lo hizo.

Pero los hechos desmienten esas palabras. El edicto de excomunión del obispo de Michoacán Manuel Abad y Queipo, expedido el 24 de septiembre de 1810, es ter-

minante y no deja lugar a dudas. A Hidalgo no se le condena por actos propiamente religiosos o por violaciones al derecho canónico sino por su conducta política anticolonial. Su acción se compara inclusive con la revolución francesa, a causa de la cual para el obispo michoacano “entró la división y la anarquía... y todo se arruinó, destruyó en lo absoluto”.

“La Nueva España, que había admirado a Europa por los más brillantes testimonios de lealtad y patriotismo en favor de la madre patria, apoyándola y sosteniéndola con sus tesoros, con su opinión y sus escritos... —expresa el edicto de excomunión— se ve hoy amenazada con la discordia y anarquía, y con todas las desgracias que las siguen...”; “...el cura de Dolores don Miguel Hidalgo..., asociado de los capitanes del regimiento de la reina, don Ignacio Allende, don Juan Aldama y don José Mariano Abasolo, levantó el estandarte de la rebelión y encendió la tea de la discordia y anarquía, y seduciendo una porción de labradores inocentes les hizo tomar las armas; y, cayendo con ellos sobre el pueblo de Dolores el 16 del corriente al amanecer, sorprendió y arrestó los vecinos europeos, saqueó y robó sus bienes...”.

“Como la religión condena la rebelión, el asesinato, la opresión de los inocentes; y la madre de Dios no puede proteger los crímenes —prosigue—; es evidente que el cura de Dolores, pintando en su estandarte de sedición la imagen de Nuestra Señora —se refiere a la virgen de Guadalupe—, y poniendo en su referida inscripción, cometió dos sacrilegios gravísimos, insultando a la religión y a nuestra señora. Insulta igualmente a nuestro soberano, despreciando y atacando el gobierno que le representa, oprimiendo sus vasallos inocentes, perturbando el orden público, y violando el juramento de fidelidad al soberano y al gobierno, resultando perjurio igualmente que los referidos capitanes... El mal haría rápidos progresos si la vigilancia y energía del gobierno, y la lealtad ilustrada de los pueblos no lo detuviesen,

"Yo... vuestro obispo... debo salir al encuentro a este enemigo, en defensa del rebaño que me es confiado..."

"...Ninguno ha trabajado tanto como yo en promover el bien público... y en prevenir la anarquía que tanto he temido desde mi regreso de Europa... Así pues, me debéis creer".

"En este concepto y usando la autoridad que ejerzo como obispo..., declaro que el referido don Miguel Hidalgo, cura de Dolores y sus secuaces los tres citados capitanes, son perturbadores del orden público, seductores del pueblo, sacrílegos, perjuros y que han incurrido en la excomunión mayor del Canon... Los declaro excomulgados vitandos prohibiendo, como prohibo, el que ninguno les dé socorro, auxilio y favor, bajo la pena de excomunión mayor *ipso facto incurrenda*..."

"...Item. Declaro que el dicho cura Hidalgo y sus secuaces son unos seductores del pueblo y calumniadores de los europeos... Los europeos no tienen ni pueden tener otros intereses que los mismos que tenéis, vosotros los naturales del país, es a saber, auxiliar la madre patria en cuanto se pueda..."

"...la unidad de todos los habitantes de este reino (está) en mano de nuestro digno jefe el Excmo. señor Virrey actual, que, lleno de conocimientos militares y políticos..., hará de nuestros recursos y voluntades el uso más conveniente para la conservación de la tranquilidad de orden público, y para la defensa exterior de todo el reino..." Dado en Valladolid, a veinticuatro días del mes de septiembre de mil ochocientos diez".*

¿Quién podría, ante tan severa y ejemplar condena, aceptar que el delito de Hidalgo y sus compañeros fuera solamente haber arrestado ilegalmente al sacristán de Dolores y al cura de Chumacuero, cargo menor hecho en efecto por el obispo Abad y Queipo, que ahora pretende

* Fragmentos del edicto de excomunión del obispo Manuel Abad y Queipo, en José María Luis Mora, *México y sus revoluciones*, México, 1950, Tomo III, pp. 57 y siguientes,

la más alta jerarquía eclesiástica convertir en el mayor crimen, y no el convocar al pueblo mexicano a romper el orden colonial y a luchar por su libertad e independencia? Si así hubiese sido realmente ¿para qué considerar su acción como un insulto contra la corona española y el gobierno virreinal al que —según el obispo Abad y Queipo— a toda costa debía respetarse? Y todavía más, si los dirigentes de la revolución de independencia habían procedido en efecto indebidamente contra ciertas personas, ¿por qué excomulgarlos y excomulgar a quienes los ayudaron e incluso a quienes simplemente discutiera el edicto respectivo, que por cierto, el obispo de la ciudad de México se apresuraría a confirmar?

Nos hemos detenido brevemente a considerar este hecho porque consideramos que es muy revelador de cómo suele desvirtuarse la historia para defender ciertos intereses de clase. Los altos dignatarios de la iglesia tomaron a principios del siglo xix partido contra Hidalgo, no porque éste fuera un cura de pueblo arbitrario a quien había que castigar sino porque cometió el “crimen” de creer que después de tres siglos de coloniaje, México debía ser libre y soberano. Por eso se le acusó de provocar el desorden, la división y la anarquía. Y el que todo ello —que es obvio— no se admita todavía por la iglesia, es decir a 175 años de ocurrido, demuestra que ésta no ha abandonado en el fondo sus viejas, dogmáticas y ultraconservadoras posiciones, sino que sigue tratando de hacerlas valer, pero ahora demagógicamente.

Y tal práctica no es privativa del clero político. Se advierte a menudo en la forma en que procede en general la clase en el poder. Muchos ricos y conservadores funcionarios del gobierno por ejemplo, que en realidad están más cerca de los intereses y posiciones a las que se enfrentó hace más de un siglo la reforma liberal, se ostentan hipócrita y demagógicamente como juaristas y aun como humildes “siervos” de la nación. Muchos otros que probablemente nunca aceptaron y que con seguridad tam-

poco aceptan hoy las posiciones en su tiempo radicales de Flores Magón, en actitud oportunista se hacen pasar por "revolucionarios". Del mismo modo que no pocos ricos latifundistas fingen respetar a Zapata y Cárdenas y aun se ostentan como agraristas, o incluso estando al servicio del capital extranjero, o al menos subordinados a él de alguna manera, hacen gala de un nacionalismo y un mexicanismo meramente retóricos y declarativos.

Todo es comprensible y no debiera sorprendernos. El que la ideología burguesa y con frecuencia pequeñoburguesa pretenda legitimar ciertos intereses de la clase en el poder al amparo de nuestras más ricas tradiciones culturales y de los más importantes episodios de nuestra historia, es una prueba de que aun para defender intereses egoístas conviene hacer creer que tales intereses son, no los de una minoría privilegiada sino los de la nación y el pueblo en su conjunto. Y la manera de "demostrarlo" es precisamente la de, en actitud habilidosa, convertirse así sea de palabra y de contrabando, en el continuador, representante y legatario de esas tradiciones y luchas.

Esto implica en primer término una inaceptable tergiversación e inclusive una mentira, pues no es cierto que los capitalistas, los ricos de hoy representen en realidad las posiciones más avanzadas del pasado y sean los continuadores de las mejores luchas del pueblo. Lo cierto es que, a la inversa, en general más bien representan la negación de tales posiciones. O ¿es que alguien podría aceptar que personajes tales como Abelardo Rodríguez, Aarón Sáenz, los Ávila Camacho, Miguel Alemán, Díaz Ordaz, López Portillo, Hank González los Ruiz Galindo, los numerosos altos funcionarios del gobierno federal que a menudo se enriquecen en sólo un sexenio de «buena suerte», los prósperos gobernadores y exgobernadores vinculados directamente a los negocios o conocidos como prominentes inversionistas, para no mencionar a los multimillonarios sacadólares, son hoy los más legítimos herederos de Hidalgo y Morelos, de Guerrero y Gómez Fa-

rías, de Juárez y Ocampo, de Madero, Zapata, Villa, Flores Magón y Cárdenas?

Si bien todos ellos se ostentan a menudo como tales la verdad es que nada tienen que ver con las causas de las que éstos fueron protagonistas centrales. Su adhesión es meramente verbalista y demagógica. Y su discurso liberal, seudo revolucionario y a veces radicaloide no expresa su verdadera manera de pensar y mucho menos su manera de vivir.

Si todo esto no fuera más que una estratagema, una hábil maniobra o inclusive un fraude, el hecho no tendría la significación que tiene. Pero su dimensión deriva, no de que ciertos elementos y aun fracciones de la burguesía se hagan pasar por un eslabón fundamental de la cadena que en cierto modo constituyen las mejores luchas de nuestro pueblo a lo largo de su historia, sino, sobre todo, de que al proceder así y autoasignarse ese importantísimo papel, se rompe la continuidad del proceso histórico nacional y de hecho se cancela la posibilidad de que entendamos quién es quién en esa historia. O en otras palabras se vuelve muy difícil que el pueblo comprenda quiénes son sus amigos y quiénes sus enemigos, y en particular que entienda cuáles son su propio papel, su responsabilidad, su fuerza y la trascendental misión que le toca cumplir, y por tanto que proceda en consecuencia.

En efecto mientras el pueblo no comprenda el verdadero rol que juega la burguesía en el desarrollo capitalista de nuestro país; mientras no sea capaz de distinguir que ese rol no es el mismo cuando el nuevo sistema se abre paso en el seno del viejo orden social que hace crisis a partir de la reforma liberal de la segunda mitad del XIX, que bajo el porfirismo y sobre todo durante y después de la revolución iniciada en 1910, y cuando el capitalismo tanto nacional como internacional recorre su fase histórica final en plena descomposición; mientras no comprenda que en tal virtud el papel que demagógica y pretenciosamente se atribuye la clase en el poder no

es el que realmente le corresponde sino uno que sólo el pueblo puede legítimamente reclamar, será imposible restablecer la continuidad de nuestro proceso histórico, faltará por descubrir y situar correctamente una pieza clave de ese proceso y el pueblo no podrá cumplir su parte, es decir, a partir del conocimiento de sus raíces más profundas, de la reaparición de sus luchas y del rescate de sus mejores tradiciones y valores culturales, convertirse en la fuerza capaz de restablecer y asegurar la continuidad de ese proceso, y de reanudar y llevar la lucha por la libertad y la independencia hasta la victoria.

Al respecto se repite a menudo que si bien queda algo por hacer, lo fundamental por fortuna lo hemos ya conseguido. Vimos ya la forma en que en libros de texto gratuito se aborda tal cuestión. Y en estos días en que celebramos los 175 años del inicio de la revolución de independencia, a cada momento se subraya que esos 175 años han sido otros tantos de libertad e independencia. Pero esto es falso. Sin menospreciar desde luego la enorme distancia que significó esa revolución, ni tampoco el papel fundamental de la reforma, de la revolución de 1910 y en general de las luchas de nuestro pueblo, y aun convencidos de que sólo a partir de esas luchas y sus grandes enseñanzas podremos hoy alcanzar nuevas metas, lo cierto es que esos 175 años no han sido un periodo en el que hayamos disfrutado siempre de la libertad y menos aún de verdadera independencia. Lo que de nuevo subyace en tal posición simplista y acrítica es una concepción lineal y superficial de nuestra historia. Se olvida en ella que el efímero imperio de Iturbide no fue, por cierto, un régimen de libertad; que el contradictorio, conservador y arbitrario gobierno de Santa Anna tampoco lo fue; que el porfiriato fue inclusive una impopular dictadura reaccionaria de treinta años, que el origen del gobierno de facto de Victoriano Huerta fueron el cuartelazo y el asesinato, y que aun bajo los gobiernos ya «revolucionarios» de Calles, de Alemán y de Díaz Ordaz —sin que éstos desde luego

fuesen los únicos— se echó mano más de una vez del autoritarismo, la represión y las más graves violaciones a la libertad.

Y ni qué decir de la independencia. En rigor sería más justo afirmar que los 175 años que nos separan del movimiento iniciado por los insurgentes ha sido un largo periodo, de hecho toda una época histórica de una cambiante dependencia y a la vez de lucha incesante por la independencia. Pero bastaría reparar en la profunda crisis que hoy aqueja a nuestro país y en la significación histórica del imperialismo, para comprender que la independencia y concretamente la independencia económica no la hemos conquistado hasta ahora, y que por tanto la lucha de hoy por la plena emancipación nacional no es menos importante que aquella a la que Hidalgo y Morelos convocaron en otros tiempos al pueblo mexicano.

Y como entonces la lucha por esta segunda y definitiva independencia no será sólo contra los poderosos extranjeros que explotan irracionalmente nuestros recursos, que intervienen sin derecho alguno en nuestros asuntos internos, que violan nuestra soberanía y lesionan nuestra integridad territorial, que extraen y envían al exterior el fruto del trabajo de los mexicanos y que de múltiples maneras intentan subordinar nuestros intereses nacionales y populares a los de la minoría privilegiada que ellos representan; esta lucha será también contra quienes, habiendo perdido o no teniendo fe en nuestro destino de pueblo independiente y soberano, sirven a tales intereses y se convierten así en traidores a su patria.

Cultura, historia y lucha de clases

Sin una certera interpretación de la historia no es posible tener una idea coherente del desarrollo cultural. La cultura no es un mero conjunto de valores muertos, una colección de objetos artísticos, de adornos convenciona-

les o de piezas de museo. No es siquiera tan sólo un campo importante de la actividad social. Es algo vivo y siempre en movimiento. Es una categoría histórica. Y precisamente por eso cultura e historia son inseparables.

Cuando la burguesía habla de nuestra cultura adopta casi siempre una actitud también apologética y contradictoria. Exalta de palabra e hipócritamente valores culturales que en realidad menosprecia y aun desprecia. Deifiende y enaltece de preferencia aquello que mejor expresa o más sirve a sus intereses. Concibe la cultura como una actividad elitista y aun propiamente de salón, como una suma de objetos valiosos y de mercancías caras de las que puede apropiarse por dinero, y como atributos individuales propios de las personas «cultas», con las que ella se siente desde luego identificada. Reitera su estrecho y engañoso nacionalismo y contribuye a la vez a difundir la ideología y los más variados modos «culturales» imperialistas y en general extranjerizantes, a enajenar a las grandes masas y a debilitar y minar la cultura nacional.

Su evaluación de la actividad cultural y de los avances logrados en este campo tiende además a ser superficial y a menudo demagógica y propagandística. Se sugiere en efecto que en México no sólo tenemos una rica herencia cultural sino un desarrollo que supuestamente nos coloca en un digno lugar ante otros países. Se olvida que el nivel cultural de un pueblo depende fundamentalmente de su preparación, de su educación, de su organización, de sus niveles de conciencia, de su participación real en la creación intelectual y artística, de la medida en que los trabajadores pueden disponer o utilizar los bienes y servicios culturales que ellos mismos producen y, acaso sobre todo, de su capacidad para transformar la naturaleza, la sociedad en que viven —cuando ésta atenta contra sus mejores intereses— y para transformarse ellos mismos a fin de convertirse en hombres capaces de hacer su propia historia.

México logró, sobre todo después de la Revolución de

1910, romper con muchas de las trabas que impedían su desarrollo. En ese lapso extendió grandemente su sistema educativo y abrió por primera vez a muchos jóvenes la posibilidad de hacer estudios superiores y de convertirse en profesionistas y técnicos, elevó el grado de calificación de centenares de miles de obreros, preparó numerosos maestros y enriqueció indudablemente su vida cultural en los más variados campos. Desconocerlo sería negar totalmente una realidad que está a la vista de todos. Pero olvidar, a la vez, que nuestro desarrollo cultural ha sido hasta ahora profundamente desigual y en conjunto del todo insuficiente, que el desgarramiento de nuestra cultura que provoca sobre todo el imperialismo es cada vez más profundo, que el acceso del pueblo a esa cultura es todavía mínimo, que muchas de sus mejores expresiones siguen siendo propiedad y privilegio de unos cuantos, y que el bajo nivel de cultura sobre todo política del pueblo es por sí solo un signo de nuestro atraso cultural, es caer en la demagogia y negarse también a ver las cosas como son.

Aun admitiendo, pues, que sobre todo en los últimos cincuenta años se han producido cambios que hacen del México de hoy un país muy diferente del de principios de siglo, todavía puede afirmarse que el grueso de nuestro pueblo sigue sin poder disfrutar muchas de las más importantes manifestaciones de la cultura. Y ello a pesar de que la burguesía mexicana ha sido más abierta, receptiva, inteligente y sensible que otras de Nuestra América. Abundan aún los mexicanos que no saben leer ni escribir, que abandonan la escuela en el tercero o cuarto grado de primaria, que nunca fueron a la universidad o siquiera a la secundaria, y en general quienes sólo tienen a su alcance el surtido de mercancías culturales baratas y de mal gusto, a veces increíblemente vulgares —las cursis telenovelas y melodramas, las películas de violencia en las que los agentes de la CIA y del FBI se presentan como ejemplos a seguir por nuestros jóvenes, los concursos de

belleza tipo Miss México, las noticias prefabricadas y siempre interesadas en preservar el orden existente, los eventos deportivos de poca calidad y la publicidad comercial estereotipada, tediosa y machacona que a toda costa intenta ganar incluso a las capas modestas de la población a un absurdo, irracional y extravagante consumismo.

Por eso es comprensible que muy pocos compatriotas tengan hoy acceso digamos a la música clásica, a lo mejor del teatro universal, a las grandes obras de la literatura nacional y extranjera, a los centros de altos estudios, a la creación científica e intelectual e incluso a los objetos que el desarrollo económico y el avance técnico han generalizado y que los propios trabajadores producen como son por ejemplo las casas, los automóviles y aun las lavadoras automáticas y los aparatos estereofónicos. Relativamente pocos pueden inclusive vivir dignamente con acceso a una vida cultural variada y estimulante, y pocos por tanto son capaces de rechazar la seudocultura enajenante, mercantilizada y a veces hasta degradante que les ofrece la burguesía a través de los medios de difusión que generalmente son también de su propiedad, y que aun en manos del Estado no escapan del todo a los dictados, las modas y los intereses de la clase dominante, y a los valores culturales del imperialismo.

Todo esto, entiéndase bien, no significa menospreciar nuestra cultura; no significa dar la espalda al pasado y negarse desdeñosamente a reconocer sus aportes. Pretender que toda la herencia cultural que hoy recibimos es negativa porque es fundamentalmente burguesa sería renunciar dogmática y ciegamente a las ventajas que el desarrollo logrado hasta ahora nos ofrece. Aquí no cabe el "borrón y cuenta nueva". No se trata de empezar desde cero sino solamente de aceptar esa herencia, como dicen los abogados, "con beneficio de inventario", es decir, sabiendo qué es lo que se nos entrega y reapreciándolo críticamente. Porque, como en botica, hay de todo en ese paquete cultural: hay valores auténticos y creaciones ar-

tísticas inestimables, objetos realmente preciosos, avances sin los cuales tendríamos que volver atrás y rempezar penosamente la tarea cultural, verdaderas joyas y experiencias que aportan valiosas enseñanzas, hay en suma mucho por rescatar y preservar, pero también hay modas, mitos y prejuicios burgueses, hay modelos falsos y bisutería imperialista. Porque el imperialismo deforma, envilece, impone modas caprichosas y artificiales, traslada mecánicamente sus «valores» y «modelos» ajenos y aun contrarios a las tradiciones nacionales y obliga a imitar, a aceptar sumisamente sus parámetros, pautas y líneas de acción. Y la burguesía, en la etapa que hoy vive el capitalismo mexicano, renuncia por su parte a lo mejor de su pasado, empieza a sentir que las libertades que en otros tiempos reclamó para conquistar y consolidar su poder ahora le estorban y aun ponen en peligro sus intereses, y sustituye su base popular por un nacionalismo declarativo, estrecho y en buena medida chovinista que rechaza a menudo las posiciones revolucionarias, antimperialistas más consecuentes y se empeña en hacer creer que es el nacionalismo burgués el que mejor define y más genuinamente representa los intereses nacionales y populares, pese a que los hechos demuestran que ese nacionalismo es incapaz de abrir a nuestros países el cauce de la verdadera independencia nacional, y el capitalismo, el sistema bajo el cual acabaremos con la explotación y la injusticia.

Que el acceso real del pueblo a las más importantes manifestaciones de la cultura sea muy limitado y hasta inexistente, nada tiene de extraño; es en realidad la consecuencia de que los trabajadores vivan como viven. Cuando se come mal, se trabajan jornadas largas y extenuantes, se reciben salarios miserables y a menudo se carece de una instrucción elemental, es difícil rebasar el estrecho marco que imponen la pobreza, la impreparación y la rutina. Y en tales condiciones no sólo no se tiene acceso a un concierto de Bach o una sinfonía de Mozart, o a una obra de Shakespeare o de Goethe, sino a menudo ni

siquiera a la satisfacción de las necesidades más elementales.

Las cosas, desde luego han cambiado y son hoy mejores que antes. Pero para la mayor parte de los mexicanos la situación sigue siendo difícil y reveladora de que bajo el presente régimen social no pueden, o al menos hasta ahora no ha sido posible resolver los problemas fundamentales que aquejan a nuestro pueblo. Lo cierto es que no obstante los avances conseguidos son todavía muchos los compatriotas que no comen carne, muchos los niños que no tienen asegurado un vaso de leche, muchos los que no saben leer ni escribir y los que carecen de un techo digno y de los servicios sociales más indispensables.

La idea de que todos estos problemas los resolveremos en el marco y a partir del llamado "nacionalismo revolucionario" no se compadece, como antes dijimos, con la realidad. La política con la que se pretende hacer frente a esos problemas no es, en primer lugar, revolucionaria. No trata de cambiar a fondo el actual estado de cosas sino más bien de preservarlo, o en todo caso de permitir cambios menores que a la postre dejan las cosas más o menos igual que como estaban.

El nacionalismo sí está presente, pero como fundamentalmente expresa los intereses de la clase en el poder y no los del pueblo en su conjunto, su capacidad de movilización, de aglutinación y de encauzamiento de las fuerzas susceptibles de defender nuestros mejores intereses nacionales es cada vez más limitada para alterar la correlación interna e internacional de fuerzas a nuestro favor. Y esto es lo que explica que pese a todo lo que se habla de independencia, la dependencia sea en realidad lo que hoy caracteriza a nuestro país y sobre todo la clase dominante.

*Creación cultural, acceso a la cultura y
lucha revolucionaria*

La cultura no es, como algunos creen, la actividad de pequeños grupos de intelectuales. Estos juegan sin duda un papel importante en el proceso cultural; pero son sólo un aspecto de un fenómeno de mucha mayor entidad. En un sentido profundo la cultura es fruto del trabajo, de la acción y las luchas del pueblo. Pero éste, por la enajenación que es propia del proceso de trabajo bajo el capitalismo, carece de casi todo lo que produce y en particular de aquellos bienes y servicios culturales de que la burguesía y sobre todo la oligarquía se apropia, una oligarquía que monopoliza los medios de producción y también los medios de difusión. El obrero que produce valores culturales no sólo no tiene fácil acceso a ellos sino que ni siquiera comprende que es él quien los genera y no el capitalista que sólo explota el trabajo ajeno. El capitalismo produce una ruptura profunda entre la cultura y el hombre que la crea. Entre el valor universal de la cultura y su forma privada de apropiación hay una contradicción irreconciliable. Por eso la cultura verdaderamente social supone una propiedad también social de los medios de producción y de los medios de difusión.

La cultura, por otra parte, no surge del hombre como criatura natural sino como ser social. Es decir de la vida misma. Y la vida es esfuerzo, confrontación, lucha. El desarrollo de la cultura sería inexplicable y aun imposible sin una base material determinada. Lo que desde luego no sugiere una relación mecánica entre base y superestructura en la sociedad. Significa solamente que, en una sociedad de clases, la cultura tiene un contenido de clase y es expresión de la lucha social y concretamente de la lucha ideológica.

La idea muy socorrida en círculos académicos burgueses, según la cual la ciencia y la cultura en general se han desideologizado, que fundamentalmente postula que el

contenido de clase no está presente o al menos no es ya importante, en realidad tiene un propósito apologético: defiende las posiciones burguesas más deleznables haciéndolas pasar por verdades eternas desprovistas de toda ideología y sugiere que, lo que históricamente fue expresión y consecuencia de la lucha, ahora es signo de un avance científico-técnico neutro y por tanto sin coloración política alguna. De acuerdo con esta nueva moda la ciencia y la cultura se desenvuelven por encima y al margen de las clases y sus luchas, independientemente del carácter y el grado de desarrollo y de las relaciones de producción, condicionadas sólo por factores técnicos, lo que inevitablemente lleva a un determinismo tecnológico que, en el mejor de los casos, desenlaza en las más burdas formas del materialismo mecanicista.

Para los teóricos de la «convergencia» la lucha entre los capitalistas y los trabajadores ha quedado atrás y aun la contradicción capitalismo-socialismo se ha superado. La sociedad «postindustrial» se desenvuelve básicamente en la misma dirección bajo uno y otro sistemas, sin importar si la propiedad de los medios de producción es privada o social. Conforme a estas posiciones parecería que el hombre se convierte en definitiva en esclavo o instrumento de la máquina, y que lejos de que su acción, sus luchas y su capacidad para influir sobre leyes históricas sean los factores determinantes de cualquier cambio, éste será en adelante principalmente fruto de las computadoras, la cibernética y la robotización industrial. ¡Con razón la revista *Time* eligió en 1983 a la computadora como su «hombre» del año!

Lo cierto es todo lo contrario. Bajo el capitalismo, concretamente, la cultura tiene un inevitable contenido de clase, que sin embargo no siempre es fácil advertir y desentrañar. A veces no sale a la superficie sino que queda como algo oculto y subyacente que es preciso hacer aflorar a través de un examen crítico riguroso. Pero el contenido de clase siempre está presente.

En tal sociedad las formas dominantes de la cultura son burguesas, es decir responden a los intereses de la burguesía que es a su vez la clase dominante, aunque a menudo ésta se ostente, como sucede en nuestro país, como defensora y legítima heredera de los intereses y las luchas del pueblo. El hecho de que la ciencia social burguesa sea acrítica, de que carezca de una concepción rigurosa de la historia, de que ignore o deje en planos enteramente secundarios el desplazamiento de unas formaciones sociales por otras; el que dé por supuesto y a menudo niegue a la vez al capitalismo, o asegure en forma caprichosa y demagógica que éste nada tiene que ver con el viejo capitalismo; el que arbitrariamente declare que vivimos en un mundo «libre», precisamente cuando el capital monopolista trasnacional y en un sentido más profundo el imperialismo son el principal obstáculo a la liberación de los pueblos, son sólo algunos signos de la medida en que esa «ciencia» se divorcia de la realidad y, en aras de servir a las clases en el poder y de preservar sus privilegios, renuncia a la búsqueda de la verdad. Y lo mismo pasa en la literatura y en las artes, en donde la influencia burguesa adopta las más variadas formas, estilos y técnicas, pero donde el rasgo distintivo es también el propósito de mantener el orden de cosas existentes. Inclusive la mayor parte de los objetos artísticos y de valor cultural suelen ser, como ya dijimos, propiedad privada de los ricos, y en tal virtud son también burgueses, aunque la burguesía no sea desde luego quien los produce sino sólo quien los compra acumula y disfruta.

Pero así como los intereses del pueblo y de los trabajadores se dejan sentir en otros planos, también se advierten en la esfera de la cultura. Aun en la sociedad burguesa, obviamente, no toda la cultura es burguesa. El pueblo se defiende, entre otras formas, a través de la creación cultural. Y pese a limitaciones a menudo irrebasables mantiene vivas sus viejas tradiciones, rescata valores esenciales, honra calladamente a sus mejores hombres, con-

memora sus luchas y expresa de múltiples maneras sus más caros anhelos de libertad, bienestar e independencia. Todo ello además de trabajar y producir, lo que sin duda es por sí solo una forma cotidiana de aportar algo a la cultura nacional, aunque no se tenga acceso a los salones de moda ni a las obras de arte de que los capitalistas se adueñan. Y cuando los trabajadores se organizan, y armados con una teoría revolucionaria cobran conciencia de sus intereses de clase, empiezan a comprender su misión histórica y a descubrir el potencial de fuerza a su alcance, la cultura popular se diversifica, se enriquece y convierte en símbolo del progreso social, es decir se vuelve un instrumento fundamental de la lucha ideológica. En realidad es entonces cuando el pueblo empieza a escribir su propia historia, entender el presente como realidad concreta y como eslabón de una larga cadena, a reapreciar lo mejor de su pasado, a comprender por primera vez su verdadero papel, a situar al enemigo y a saber, en síntesis, de dónde viene y hacia dónde va.

Naturalmente esa historia no se escribe sólo en libros y por intelectuales. No es una mera relación de fechas convencionales ni de vistosas hazañas militares. Muchos falsos héroes tienen que ser bajados de sus pedestales. Los burgueses que, de contrabando y sin ningún mérito estaban en las primeras filas, son relegados a sus trastiendas. El pueblo es ahora el principal protagonista y su acción el eje del proceso social. Y lo que hasta entonces fueron episodios ignorados, «chusmas» informes, luchadores anónimos, trabajadores comunes y corrientes, figuras modestas en las que la historiografía oficial no reparaba y aun destacados personajes pero despojados de su verdadera significación, comienzan a ocupar el sitio que en rigor les corresponde.

De esa nueva versión de la historia todo empieza a verse de manera diferente. El subjetivismo hasta entonces imperante deja el paso a los hechos y a la indagación de las leyes que rigen su curso. En vez de meras descripciones

de eventos aislados, de análisis parciales y de sumas aritméticas de hechos diversos, el proceso social se situará en el marco de formaciones específicas cuyas relaciones de producción y aun su superestructura ideológica se verán frente al nivel de desarrollo de las fuerzas productivas y como expresión de las contradicciones entre unas y otras. La burguesía, que según ella suele ser el principal y aun el único actor de la trama histórica moderna, ahora será vista en otra perspectiva y en su verdadera dimensión, y los trabajadores, sobre todo los obreros y campesinos, pasarán al frente del escenario y por primera vez empezarán a hablar por sí mismos y a dar su propia versión de un proceso en el que siempre fueron ignorados o al menos del todo menospreciados. En adelante el pueblo será el protagonista central, y sus aportes, inclusive desde luego los culturales, serán reapreciados y realmente respetados. Quienes siempre fueron parte importante de las fuerzas motoras del desarrollo, pero a la vez elementos subordinados a la clase dominante incapaces de superar los obstáculos que impedían su liberación, ahora no sólo producirán, sino que lo harán más que nunca y con cada vez mayor conciencia de su papel y escribirán además su propia historia, la que en vez de ser fundamentalmente un conjunto de recuentos bien liberales o bien conservadores, ahora será el inicio de una interpretación alternativa, propiamente proletaria. Será la historia dicha por los explotados, y no la de tal o cual fracción de la burguesía o la pequeña burguesía. Y la literatura heterodoxa, materialista, revolucionaria, la que hasta entonces se desdeñó en los salones intelectuales de moda y en los círculos académicos burgueses y fue vista como ideología y no como ciencia y aun como «propaganda subversiva» —que en nuestro país tiene ya, por fortuna, innegable y creciente significación—, será valioso punto de partida a disposición de los trabajadores.

Los intelectuales de vanguardia, que desde posiciones avanzadas y consecuentes se ponen resueltamente del lado

del pueblo; los que con su literatura y su arte críticos dicen las cosas como son y exhiben aspectos fundamentales de la realidad que la clase en el poder tiende a ocultar, contribuyen, a veces grandemente, al éxito de la lucha revolucionaria. Y cuando se vuelven verdaderos militantes, es decir trabajadores conscientes que se insertan con modestia en las filas del proletariado —esto es que de jueces o al menos espectadores se convierten en partes comprometidas— su aportación a la cultura es aún mayor pues consiste no sólo en entregar lo que saben sino lo que son, o sea en entregarse a sí mismos cábalmente a la lucha por hacer de la sociedad algo mejor.

A estas horas nada amenaza tan gravemente el acervo cultural de la humanidad como una posible guerra termonuclear. Todo lo que el hombre creó hasta aquí está en peligro de ser destruido. Pensar que un conflicto atómico puede limitarse o sólo afectar a ciertas naciones a las que previamente se elija como blanco, carece de toda fundamentación. Por eso los pueblos se aprestan a cerrar el paso a la guerra. El imperialismo, en plena descomposición, pierde la cabeza y lleva su irracionalidad a extremos inconcebibles. Ahora no le basta deformar e impedir el desarrollo de nuestra cultura, controlar mercados y esferas de influencia. Además de violar la soberanía de los pueblos, de reprimir a quienes luchan por su libertad y se organizan para conquistar su verdadera independencia, exige una guerra en la que no puede haber vencedores ni vencidos. Ante el peligro de que el socialismo se extienda y los pueblos se liberen, el imperialismo hace de la muerte su principal divisa. Y como si el progreso social fuese el fruto siniestro de una conspiración criminal y no de las leyes de la historia y la acción responsable y soberana de los pueblos, ante el temor de que ese progreso lesione sus intereses y sus privilegios postula que la guerra, aún atómica, es hoy preferible a la transformación de la sociedad.

Pero los pueblos, a su vez, no titubean y hacen suya

abiertamente la causa de la paz y de la vida. Y los intelectuales honrados de todas partes toman el mismo camino, conscientes de que, de estallar una guerra, las quemas de libros, la destrucción de grandes monumentos históricos, el salvajismo de los campos de concentración y los casi 50 millones de muertos de la Segunda Guerra Mundial serán con mucho superados por la violencia y el genocidio que hoy defiende el imperialismo como la única barrera supuestamente capaz de detener la transformación revolucionaria del mundo en que vivimos.

“Los intelectuales, los escritores, los artistas —concluye la Declaración Final del Encuentro de Intelectuales Latinoamericanos y Caribeños celebrado en La Habana en septiembre de 1981— frente a este grave riesgo de holocausto, asumimos a plena conciencia nuestra opción por la vida.

“Ni la bomba de neutrones ni otro artefacto de aniquilación colectiva se disparan solos. Son los hombres quienes deciden su misión de muerte. Pero esos hombres, aun los que disponen de una posibilidad totalitaria de destrucción, pueden también ser contrariados por el clamor de los pueblos. Es ahora, pues, cuando la palabra y la imagen deben externar su capacidad de persuasión, su poder de reclutamiento de las fuerzas creadoras, su lucidez para convencer y convencernos de que el exterminio del ser humano es evitable, y que puede y debe ser evitado con el poder invencible de la inteligencia”.⁶

⁶ *Nuestra América en Lucha por su Verdadera Independencia*. Autores varios, Editorial Nuestro Tiempo, México, 1981, p. 196.